

La importancia de la Biblia en la educación de niños y adolescentes

ENTREVISTA AL P. LUIS ALONSO SCHÖKEL

El P. Luis Alonso Schökel, profesor en el Instituto Bíblico de Roma desde hace más de veinticinco años, especialista en Hermenéutica, tiene discípulos por todas las partes del mundo. Su nombre figura entre los más destacados profesores de Sagrada Biblia en la Iglesia. Fue presidente del Consejo Internacional del Antiguo Testamento y presidió también el Congreso que se celebró en Salamanca el año 1983. Autor de numerosas obras, su primer libro «La formación del estilo», lo escribió cuando solamente tenía 27 años, pero indicaba ya su vocación explícita al cuidado y estudio del lenguaje. Esto lo reflejaría en todas sus obras posteriores de escritura. Después del Concilio, fue uno de los grandes renovadores de los textos bíblicos, publicando la famosa «Nueva Biblia española». Tiene publicaciones comentando todos los libros del Antiguo Testamento. Nació en Madrid. Conoce perfectamente diez lenguas modernas, además del latín, griego y hebreo. Es jesuita. Y aprovechamos su paso por La Coruña para hacerle esta entrevista.

—P. Schökel, los que estamos dedicados y empeñados en lograr una renovación en la educación religiosa de los jóvenes, topamos frecuentemente con la dificultad enorme del desinterés, la falta de estímulo por la formación religiosa. Las Escrituras, el conocimiento de la Biblia, no les interesa, porque les parece un cuento que se lo vienen repitiendo desde niños. ¿Distinguiría usted entre formación religiosa y formación bíblica?

—Creo que sí conviene distinguir: La educación religiosa puede ser anterior y más extensa que la bíblica, en cuanto que religiones hay muchas fuera del cristianismo. Para muchos pueblos, la estancia religiosa es anterior a la estancia católica o cristiana; pongo por ejemplo: Japón, Corea, tan cerca de ser religiosos y no son cristianos.

—Bien. Pero, ¿concretamente en nuestra tradición cristiana?

—En un grupo, como el nuestro, sociológicamente cristiano, la enseñanza religiosa puede concebirse como una estancia posterior: allí entraría todo lo que es teología; y las deliberaciones morales pertenecerían a la formación religiosa. La formación bíblica sería específica, nuclear, central. Por eso creo que pueden distinguirse las dos perspectivas y que sería útil distinguirlas y no reducir la enseñanza religiosa a la Biblia.

—A veces se oye que no conviene complicar a los niños y adolescentes con los problemas existenciales que plantea la Biblia, sino que es mejor esperar a que en su desarrollo les vaya surgiendo la problemática y, entonces, que encuentren en la Escritura las respuestas; pero no darles las respuestas antes de que se hubieran hecho las preguntas. ¿Cómo lo entenderías tú?

—Yo creo que hay dos niveles de interacción, de captación por parte del niño. Algunos escritores los explican así: yo lo sentía, entonces sentía, no comprendía, ahora lo com-



prendo. Aceptemos estos dos niveles de desarrollo del niño, un poco simplificados. Creo que todos podemos recurrir a esa experiencia.

En ese primer nivel, en el que el niño empieza a captar y a sentir, pero sin problematizar, puede entonces tener acceso a ciertas narraciones bíblicas que, de manera sencilla y elemental, le van metiendo en un mundo de fantasía y realidad, que se irá transformando en un mundo religioso. Irá sintien-

do, captando el sentido bíblico que, más tarde, le irá descubriendo su problemática. Pero la Biblia no está planteada para que sistemáticamente problematice por igual a todos los lectores.

—*Dada la diversidad de libros, géneros, estilos, ¿podría pensarse en un orden pedagógico en el acceso a la Escritura, que no sea necesariamente el establecido en el texto tradicional?*

—Eso sí. Supongamos que empezamos por el Génesis, por la creación... Hay entonces una visión de un Dios creador, poderoso. Toda la problemática metafísica que se puede plantear, el autor no lo hace. Enuncia sencillamente su manera de concebir las cosas. Lo mismo con las narraciones patriarcales, etc. La literatura sapiencial ya sería otra cosa. El pedagogo debe poder ir detectando, sintiendo, la distribución de los libros bíblicos para su enseñanza a los chicos jóvenes.

—*A veces, se les pueden ofrecer a los niños versiones adaptadas, que de alguna manera pueden suponer una interpretación, lo que te puede alejar del sentido original. Incluso libros oficiales de texto. ¿Qué opinión tienes de éstos?*

—Hay que procurar que cualquier adaptación, de tipo selectivo, conserve lo más posible del lenguaje bíblico. En caso de palabras muy difíciles, pueden hacerse sustituciones sinónimas, o bien se salta una frase o se rellena un paso intermedio, pero hay que evitar la sustitución total, al cien por cien, del texto bíblico. Y la razón, entre otras, es que considero importantísimo en la educación, la educación del lenguaje. El lenguaje no es un vehículo extrínseco, posterior, sino que es el mundo que se respira. El niño respira cultura a través del lenguaje.

—*¿Cómo puede irse compaginando paralelamente a la edad el desarrollo cultural y de conocimiento en la enseñanza bíblica de los niños y jóvenes de nuestros colegios?*

—Yo creo que en la Biblia es posible, cuidando un poco la selección de textos, ir directamente al original, según las edades. Por ejemplo, a los diez u once años, hay muchos trozos que se pueden abordar; aunque les falle un poco el vocabulario de vez en cuando. Pero eso les pasa con cualquier narración bella de la literatura. Cuando nosotros leíamos «El Quijote», naturalmente había un 10% de palabras que no conocíamos, pero que íbamos aprendiendo poco a poco.

En la Biblia podríamos seleccionar libros narrativos importantes: Génesis, parte del Exodo, la liberación del Exodo, alguna narración profética, el libro de Jonás, etc. Este quizá fuera mejor ya para una segunda etapa. El libro de Jonás me parece un libro fácil, y sin embargo es tremendamente problemático. El cuerpo profético, por ejemplo, exigiría ya una madurez mayor.

—*Desde el punto de vista pedagógico, ¿sería conveniente antes de entrar en el mundo del Nuevo Testamento, hablar del Antiguo?*

—Yo preferiría hacerlo simultáneamente. De manera que ir tomando unas frases del AT, unos libros, unos fragmentos, y luego pasar al Nuevo. Lo central, lo último y lo inicial siempre deben ser los Evangelios. Los tres sinópticos, porque Juan ya es más difícil, aunque hay trozos muy legibles y que están muy bien contados.

—*Conoce alguna obra en que se lleve a cabo ese método de trabajo?*

—Yo no sigo muy de cerca esas cosas, pero sé que el vo-



lumen de la Biblia que publicó la Conferencia Episcopal, los tres volúmenes, está en conjunto bien hecho, lo que tiene es una cierta tendencia a la información: la hagiografía, la historia, las costumbres, etc., lo que es un elemento necesario, pero no importante de primer orden.

—*Tengo un libro tuyo: «Primera lectura de la Biblia», que me gusta por su selección de textos, para iniciar en el conocimiento de los libros bíblicos. ¿Con qué finalidad escribisteis ese libro?*

—Ese libro es una antología, y parte del principio de no sustituir el texto bíblico. No es más que texto. Y como antología era un problema: había que seleccionar. Entonces la solución nos pareció debía ser un corte diagonal, en la que todos los cuerpos y géneros estuvieran representados: génesis, cuerpos narrativos, cuerpos proféticos, la oración, canciones de amor y refranes; y del NT, evangelios sinópticos, algo de Juan, algo de cartas y algo de Apocalipsis. De manera que el niño, o el no tan niño —porque yo creo que a los doce años podría funcionar con ese texto— tendría una primera idea de la variedad de la Biblia. En las lecturas del NT se pusieron notas, en el AT solamente introducciones. Pero tanto las introducciones como las notas, están pensadas para el educador, el profesor, y no para el niño. Yo no sé si el público cae en la cuenta de esto.

—*Todo eso está muy bien, pero ¿no será la falta de experiencia humana, lo que hace que a los jóvenes no les atrae la Biblia?*

—Indudablemente, la experiencia humana es un factor muy importante para la comprensión de la Escritura. Por eso los libros tienen una diversidad de niveles en su comprensión. Se pueden entender de una manera superficial, más profunda y profundísima. El niño no podrá tener nunca toda la penetración porque no conoce toda la problemática humana. Como ocurre con el teatro o la gran novela... Al niño le interesará siempre más el género de aventuras, y no la novela psicológica. Por eso la Biblia siempre reserva sorpresas, riquezas, cosas que se van descubriendo con la experiencia humana. Eso ocurre con todas las grandes obras de la literatura universal.

—No podemos, P. Schökel, dejar de preguntarle por el cambio, por el despiste generalizado que hubo en muchos ambientes, con motivo de la mayor difusión de la Biblia, de su renovada interpretación, etc. Por lo menos en nuestra sociedad española, esto fue muy notable.

—A nosotros nos ha hecho mucho daño, y nos lo seguirá haciendo, si no nos enmendamos, la apologética; y ésta, buscada a cualquier precio, queriendo defenderlo todo. Yo he hecho esta prueba con mis alumnos: averiguar lo que se hacía en tiempos antiguos y en la Edad Media con la Biblia. Y descubrieron que toda la formación religiosa de entonces, la escultura, la pintura, la predicación... era casi todo Biblia y un poco de hagiografía, de santos, de leyendas...

¿Qué es lo que se hace después del Concilio? Pues, dentro de lo que es la cultura moderna, algo parecido: se recomienda, aun a los niños pequeños, que tengan todos su Biblia. En cambio, no se parece absolutamente nada a lo que se venía haciendo durante siglos, sobre todo en Italia y España.

—Y, ¿cómo se puede explicar esta deformación?

—Después de Trento, con el decreto tridentino sobre la Escritura, sobreviene una fractura. Y en el campo católico, entre los latinos sobre todo, hay un recelo, un desvío, una prohibición que logra hacer desaparecer la Biblia del uso ordinario de los fieles. Eso no es tradicional. Eso no es defendible, y no hagamos apologética. Vamos sencillamente a lamentarlo y a decir que en ese punto en concreto los protestantes han conservado mejor la tradición cristiana. Ahora tenemos que dar gracias por haber empalmado con la verdadera tradición bíblica de la Iglesia.

—Pero ahora tampoco podríamos entender la Biblia como lo hacían los antiguos, como es obvio.

—Por supuesto. Pero ello no supone romper con la tradición, sino aprovechar los elementos nuevos de la investigación y el trabajo. Durante siglos la interpretación era propia de una era precrítica, o una crítica bastante elemental. Era la época en la que se creía en las sirenas, en que había hombres con una sola pierna..., es decir, se tomaban las cosas como suenan.

En Europa, especialmente a partir del Renacimiento, el siglo XVII, Galilei, etc., surge un fuerte movimiento de crítica general. El hombre moderno es crítico a partir de la misma modernidad. Y no vivir sólo de autoridades sino criticar las cosas, no es lucha fácil, sino distinguir. Y eso abarca a todo, también a la Escritura, como es natural. De ahí viene el gran choque. Una cosa que es sacra ¿puede ser sometida a crítica? Y la respuesta es que sí, porque es humana.

—Así de claro. ¿No quiere explicarlo más?

—Mira, la crítica es aceptar la Encarnación. Apurando las cosas, llegamos a eso: el que no acepta la crítica, no acepta la Encarnación, sino que quiere un Dios desencarnado. Si hay Encarnación, entonces, en Cristo todo es humano. Que Cristo tiene limitaciones. Naturalmente: ha nacido en una época, dentro del tiempo, etc. Ese es un dato fundamental. De manera que el apologeta es muy poco creyente. En el fondo, en el apologeta hay una lógica de docetismo. La Encarnación tiene una dimensión humana, y, por tanto, lo humano no es absoluto; y todo lo humano es sometido a crítica.

—¿Qué impresión tiene de toda esa ola de ateísmo que parece surgió de repente en nuestra sociedad española?

—Yo diría que hay una serie de concausas. Había una formación religiosa tremendamente superficial y artificial, muy poco vital, muy individualista. La teología que me ha to-

cado estudiar a mí era profundamente decadente. Si esa teología era la que se estudiaba en los seminarios y es la teología que se iba después a predicar, a enseñar, estábamos enseñando una teología decadente. Y qué frutos íbamos a tener, si además todavía se sigue así en muchos sitios, sin ninguna renovación.

Pero también podemos señalar otras razones. La influencia política de tantos años, el consorcio de lo político y lo religioso; había también una saciedad —estábamos hartos—, cansados de tanta predicación, ejercicios de piedad, etc. Porque claro, cuando en la enseñanza del catecismo empezábamos diciendo que Dios es una cosa, pues ya ve... mal empezamos.

—La idea que se tiene del pueblo judío, como un pueblo de una sola idea, un solo Dios, que concibe como verdadera su única religión, etc., puede provocar una especie de rechazo porque suena a apología.

—Bueno, hay que distinguir las dos etapas. El pueblo antiguo pide en exclusiva una experiencia particularísima. No que los otros pueblos no tengan valores religiosos, sentido de la justicia, etc. No. Pero la manera de vivirlo, esa experiencia próxima a Dios..., por ejemplo, la palabra profética es un fenómeno único. No se encuentra en todo el Oriente próximo. Por tanto, ellos están viviendo una experiencia que, aunque la viven para ellos, la están viviendo para otros y para el futuro. Ahora, una vez que llega el gran futuro, entonces viene la gran tragedia y es que no desemboca en lo que se esperaba. Teóricamente, ellos están en un momento para que llegue lo definitivo, y lo otro no es más que camino. Y ¿qué pasa? Se han aferrado tanto al camino que cuando llega el momento de dar el gran paso, no quieren dar ese paso y prefieren sentarse en el camino —que ya no es camino si nos sentamos—. El paso que no dieron sería la gran apertura al Mesías.

Por otra parte es verdad que entre el espíritu de ghetto de ellos y el rechazo de los otros, han fomentado un exclusivismo, pero un exclusivismo que no es de signo bíblico, sino talmúdico. Por eso hubo hace años, en Israel, entre los universitarios, un movimiento de vuelta a la Biblia, y dejarse de todo lo que eran sobreestructuras que impedían el acceso. Pero históricamente tampoco ha predominado en Israel la línea profética que lanza al futuro, sino la línea conservadora, legalista. Pero hay que tener perspectiva histórica para darse cuenta de esto. Los judíos siguen con sus tabúes, de la leche, la carne, etc., y eso es un reflejo de que se han olvidado de lo esencial del Antiguo Testamento, que a nosotros nos lo ha iluminado el Nuevo, desde la altura que nos da la perspectiva de Cristo.

—Oye, se te acerca un niño de siete años y te dice: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?».

—Pues para conseguir la vida eterna, no es cuestión de hacer, sino de creer. Porque la pregunta esa es farisaica. Para los fariseos la vida eterna se conseguía haciendo obras, observancias y cuanto más difíciles más meritorias. Y no. La vida eterna es fruto de la fe, no de las obras. De la fe en una persona que invita, que llama, que exige, y a través de él, abriéndose a todas las transcendencias: de los hombres y de Dios. Claro que, si se tiene fe, se harán muchas cosas, pero no para conseguir la vida eterna, sino para seguir respondiendo a su llamada, a su exigencia.

—Seguiríamos hablando durante mucho más tiempo. Gracias, P. Schökel por su atención y por sus palabras.

JAIME G. AGUDIN